

ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA

An offshore oil rig is shown in silhouette, completely surrounded by a massive, intense fire. The flames are bright orange and yellow, reaching high into the sky. The rig's derrick and other structures are visible against the fire. The water in the foreground is dark and reflects the light from the fire.

EL MAR
EN LLAMAS

Este es un libro doblemente revolucionario.

En primer lugar por su argumento, que revela, a través de una intriga apasionante, el peligro que significa para las generaciones futuras el hecho de que se esté extrayendo petróleo a diez mil metros bajo el mar y bajo el fondo marino. Las técnicas de perforación aún no se encuentran capacitadas para hacerlo, y así lo demuestra el reciente incendio de una plataforma petrolífera en el golfo de México, que ha provocado la mayor catástrofe medioambiental que se recuerda. Por desgracia, esas catástrofes se repetirán cada vez más a menudo.

Y en segundo lugar porque el autor ha caído en la cuenta, como muy bien señala uno de los personajes de la novela, de que los libros se pueden imprimir de una forma más sencilla, más cómoda, más práctica y menos costosa sin necesidad de reducir el tamaño, el formato, ni el tipo de papel o de letra, ahorrando la tercera parte de ese papel y, por lo tanto, el peso y los costes de envío o almacenamiento. Ello evita que se tenga que cortar la tercera parte de los árboles destinados a producir pasta de papel, y eso redundará de forma muy importante en la preservación de los bosques del mundo, lo cual constituye una realidad palpable en defensa de la naturaleza. También reducirá de manera esencial el peso que se ven obligados a soportar los escolares.

El día de mañana su propietario se sentirá orgulloso por el hecho de tener la primera edición del primer libro que se editó de una forma distinta.

1

—¿Podría dedicarme unos minutos...?

Alzó el rostro y la observó; continuaba siendo atractiva pese a la profundidad de sus oscuras ojeras y el gesto de cansancio, tristeza o amargura que parecía emanar de cada poro de su cuerpo.

—Usted dirá.

—Le agradecería que les echara un vistazo.

Había depositado tres fotografías sobre el mármol de la mesa y las fue señalando mientras colocaba el dedo índice sobre cada una de ellas.

—La primera fue tomada antes de que empezara todo —dijo—. La segunda en el momento de iniciarse el incendio y la última cuando ya había sobrevenido la catástrofe.

—¿Se trata de la plataforma del Golfo...?

—¿No cree que resulta evidente?

Lo resultaba, en efecto; imágenes semejantes, aunque no tan cercanas y concretas, habían aparecido en los medios de comunicación durante casi tres semanas.

—¿Y quién tomó esas fotos?

—El mismo que provocó la explosión; me las envió al móvil, pero algo se le debió de ir de las manos, porque todo acabó en un auténtico desastre y no he sabido nada más de él.

Quien había sido tan desconsideradamente abordado por una inoportuna desconocida le indicó con un casi imperceptible ademán que tomara asiento, estudió las fotografías, alzó la mirada con el fin de intentar descubrir si la dueña de tan enormes ojos negros y tan profundas ojeras

mentía y acabó por lanzar un resoplido con el que parecía querer demostrar la intensidad de su desconcierto.

—¡Qué barbaridad! —masculló—. No puede ser verdad.

—Pues lo es —recalcó la mujer.

—Hasta ahora, y que yo sepa, nadie ha mencionado la posibilidad de que se tratara de un atentado terrorista.

—Es que no lo fue... —replicó segura de sí misma quien a pesar de que apenas sobrepasaba los cuarenta se había dejado caer en el asiento con el gesto de insuperable fatiga propio de una anciana—. Simulacro sí, pero no un atentado, y esas fotos lo demuestran.

—¿Y por qué no se las entrega a la policía? —quiso saber quien se encontraba disfrutando en solitario de su tercer café muy cargado y un segundo habano en la terraza de su taberna predilecta mientras contemplaba cómo las palmeras se recortaban contra el sol que comenzaba a ocultarse en el mar.

—¿A qué policía y de qué país? —quiso saber ella.

—¿Y yo qué sé? Supongo que a la norteamericana, ya que la plataforma se incendió en sus costas. —Hizo una corta pausa antes de inquirir no demasiado convencido—: ¿O esa plataforma era inglesa?

—La compañía es inglesa, pero míreme bien... —fue la intencionada respuesta de la intrusa—. La policía no tardaría ni diez minutos en llegar a la conclusión de que soy musulmana. —Su voz sonó casi agresiva al añadir—: ¿Cree que alguien aceptaría que quien cometió tan brutal atentado era un rubio de ojos azules cuya única vinculación con Al Qaeda o el extremismo islamista se limitaba al hecho de acostarse con una iraní?

—Difícil pregunta a la que, usted perdone, tan solo puedo responder con otra: ¿por qué diablos viene a contárselo a un desconocido que nada tiene que ver con todo ese lío de plataformas incendiadas y derrames de petróleo?

—Porque se llama Asdrúbal Valladares.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que Asdrúbal Valladares fue un autor de grandes éxitos que por lo visto perdió la capacidad de encontrar argumentos que interesaran a los lectores y ha pasado al olvido. —La amarga sonrisa de la desconocida resultaba tan atractiva como el resto de su persona—. Supongo que en su época dorada mucha gente le pediría que escribiera su historia, pero en este caso no se trata de «mi historia», sino de la de unos acontecimientos que afectan a millones de personas.

El propietario del enorme cigarro, que hasta minutos antes se limitaba a disfrutar de un paradisiaco paisaje que llevaba años contemplando, se vio obligado a admitir que gran parte de lo que la desconsiderada intrusa acababa de decir era cierto.

Había sido, en efecto, un autor cuyos títulos adornaban los escaparates y llenaban las estanterías de los grandes centros comerciales de medio mundo, pero hacía años que no acertaba con los gustos de las nuevas generaciones, por lo que tras incontables fracasos y absurdas peripecias había acabado en un remoto villorrio de pescadores a los que por lo menos no se había visto obligado a dar explicaciones acerca de las razones de su incapacidad a la hora de volver a escribir.

Su editora estaba convencida de que aún disfrutaba de un indudable talento a la hora de narrar una historia, pero él había llegado íntimamente a la conclusión de que lo que en verdad importaba era la historia que se contaba, no la forma de contarla.

A menudo se comparaba a sí mismo con un eficiente escultor, perfecto conocedor de las mejores técnicas del oficio pero que no dispusiera de un hermoso y compacto bloque de mármol sobre el que trabajar.

Las buenas palabras que no se sustentaban sobre buenas ideas se convertían en simples «letras arrojadas», castillos de naipes o torres de marfil carentes de cimientos que acababan desmoronándose, y Asdrúbal Valladares te-

nía muy claro que cada vez que intentaba crear un nuevo personaje o una nueva situación dramática le venían a la memoria un personaje parecido o una situación similar que ya habían hecho su aparición en alguna de sus anteriores novelas.

Era ese miedo a repetirse, a plagiarse a sí mismo, lo que le aterrorizaba y le mantenía inactivo, puesto que desde que aprendió a leer aprendió también a aborrecer a los «escritores de una sola nota» que acababan volviéndose tan predecibles que se podía adivinar sin esfuerzo lo que sucedería en el capítulo siguiente.

Si la naturaleza había decidido proporcionarle el inapreciable don de comunicarse con sus semejantes con el fin de que pudiera transmitirles nuevas ideas y sensaciones, se le antojaba casi un delito utilizar tan maravilloso regalo de una forma estéril.

«Cuando no tengas nada que decir, no digas nada.» Al cumplir los cuarenta había mandado grabar en una placa de bronce aquella frase que nunca imaginó que pudiera afectarle de forma tan directa, y ahora, superados los sesenta, se veía obligado a respetar su propio mandamiento aun a sabiendas de que significaba dejarse morir en vida.

Había nacido para ser escritor al igual que ciertas mujeres nacen para ser hermosas y cuando el tiempo marchitaba la hermosura, resultaba muy difícil aceptar que se podía haber sido algo más que una cara bonita.

Cuando ese mismo tiempo agotaba las ideas, resultaba muy difícil aceptar que se podía haber sido algo más que un simple escritor.

Ningún maquillaje devolvía la lozanía a una piel cuarteada, ni ninguna frase ingeniosa proporcionaba esplendor a un relato sin garra.

Las bellezas en declive buscaban refugio en las luces tenues y los ambientes sombríos; los autores desangelados lo encontraban en un perdido villorrio caribeño.

Amargo resultaba pasarse interminables horas en la terraza de una sucia taberna, contemplando el mar y sin compartir la mesa más que con los imaginarios personajes que un ya lejano día creara para sus novelas, que le acompañaron durante el tiempo que tardaba en escribirlas, pero que desde el momento en que pasaban por la imprenta le abandonaban para convertirse en propiedad de unos lectores cuyo único mérito se limitaba al hecho de haber comprado el libro.

Nunca consiguió averiguar por qué razón desaparecían de su vida esos personajes en cuanto concluía la última página y a qué remoto lugar iban a parar quienes hasta pocas noches antes habían poblado su imaginación.

De tanto en tanto volvían a su memoria, sentándose a su lado en la taberna, y continuaban siendo idénticos, como si se hubieran quedado tan inmóviles como en una vieja fotografía.

Observó aquel rostro que quizá muy pronto se vería obligado a buscar las penumbras y pareció llegar a la conclusión de que se trataba del rostro de un desesperado náufrago que intentaba salvarse aferrándose a otro náufrago igualmente desesperado.

—¿Por qué lo hizo? —se decidió a inquirir al fin.

—¿Cometer el atentado...? —El casi imperceptible encogimiento de hombros parecía dar a entender que ni siquiera ella estaba muy segura de lo que decía al añadir—: Debieron de existir muchas razones, aunque preferiría suponer que tan solo fue por dinero.

—¿Preferiría suponer...? —repitió sorprendido el escritor—. El dinero es el peor de los motivos a la hora de cometer un acto tan execrable.

—No para mí, puesto que ese dinero significaba que rompería con su pasado y que nos iríamos muy lejos. ¿Tiene una idea de lo que significa ser la eterna segundona que aguarda durante días a que su hombre le dedique tan solo unos minutos?

—Algo he escrito sobre eso.

—No quisiera ofenderle, pero conozco la mayor parte de su obra y le aseguro que sus personajes poco tienen que ver con la realidad —sentenció la mujer en un tono tan natural que impedía sentirse ofendido—. Sus novelas tenían éxito porque resultaban sorprendentes, cautivadoras o apasionantes, ya que estaban pobladas de protagonistas heroicos o exóticos y a la mayoría de los lectores les hubiera gustado ser como ellos aunque supieran de antemano que nunca lo conseguirían.

—¡Curiosa definición! —admitió su interlocutor, en parte admirado y en cierto modo halagado—. Y tal vez acertada, pero no creo que haya viajado hasta un lugar tan remoto con la intención de discutir sobre literatura, y si por lo que veo considera que mis personajes no resultan «reales», no entiendo a qué viene pedirme que escriba sobre un misterioso «atentado» que asegura que ha ocurrido, aunque nadie más opine de esa forma.

—Porque nos necesitamos —fue la seca respuesta.

Asdrúbal Valladares, nacido en la violenta Medellín, de la que su familia había escapado por miedo a los atentados y los secuestros, lo que había propiciado que se criase a caballo entre Bogotá y Londres, hizo un amplio gesto como queriendo poner de manifiesto la paz y el sosiego que les rodeaba, al tiempo que puntualizaba con marcada acidez:

—¿Considera que alguien que ha decidido pasar el resto de sus días en este perdido paraíso la necesita?

—Ese tipo de paraísos se creó para los pobres de espíritu y estoy convencida de que usted no lo es.

—¿Y eso cómo puede saberlo?

—Porque un escritor tiene derecho a ser bueno, malo o regular, pero nunca pobre de espíritu.

—Está claro que no conoce a Marcelo Marcel, pero eso es algo que no viene al caso. —Aprovechó que el camarero había hecho su aparición en la puerta del local con el fin de gritarle—: ¡Santos! ¡Por favor, tráeme una «sangre de atún»!

—¿Tan temprano, don Asdrúbal? —pareció escandalizarse el otro—. Amanecerá en la playa.

—El sol ya se ha puesto y la compañía lo merece. —El escritor se volvió de nuevo a la mujer con el fin de inquirir —: ¿Le apetece uno?

—¿Qué es eso?

—La especialidad de la casa: absenta, ron y jugo de mango a partes iguales. —Alzó el dedo como indicando que faltaba un detalle muy importante al especificar—: Adornado con huevas de atún.

—¡Dios me libre! Suenas asqueroso —fue la horrorizada exclamación acompañada de un leve gesto de repugnancia—. Preferiría un coñac, si no le importa.

Asdrúbal Valladares abrió los brazos como dando a entender que cada cual era libre de castigarse el hígado como mejor le apeteciese, y en cuanto el camarero desapareció en busca de lo pedido, le hizo notar:

—¡Por cierto...! Aún ni siquiera me ha dicho quién es, de dónde viene ni cómo se llama.

—Me llamo Salima Alzaidieri, nací en Teherán, aunque he pasado gran parte de mi vida en Dublín, y desde hace unos cinco años resido en Houston.

—¡Curiosos cambios! —comentó su compañero de mesa—. ¿Qué relación existe entre Irán, Irlanda y Texas?

—La más importante es que se encuentran muy lejos unos de otros. Abandoné Teherán huyendo de un ambiente demasiado rígido y abandoné Irlanda huyendo de un esposo demasiado «liberal». Nadie en mi familia bebía, pero mi marido lo hacía por todos los iraníes juntos. —Hizo una pausa mientras el camarero les servía lo que habían pedido, y tan solo cuando el llamado Santos hubo desaparecido en el interior del local añadió—: Pero no he venido aquí para contarle mi vida, sino con el fin de recabar su ayuda en un tema que acabará afectando a muchísima gente. ¿Le interesa o no la idea de escribir ese libro?

—¿Basándome en estas tres simples fotos?

—No son «simples fotos» —le contradijo ella, visiblemente molesta y casi ofendida—. Son la prueba de que se cometió un delito que se llevó varias vidas por delante.

El colombiano se tomó tiempo a la hora de responder; apuró de un solo trago su «exótica» y casi repelente bebida, lo que le obligó a estremecerse como si acabaran de propinarle una descarga eléctrica, parpadeó varias veces y acabó por estudiar de nuevo y con mayor atención las tan mencionadas fotografías.

Le vino a la mente la vieja y manida frase: «Si hay algo a lo que no pueda resistirme es a una tentación», y aquella era sin duda una tentación demasiado fuerte.

Se vio a sí mismo regresando a lejanos tiempos en los que cada hora sonaba el teléfono solicitándole una nueva novela, una entrevista, un artículo muy bien pagado o una rimbombante conferencia en salones en los que se apretujaba un público ansioso y expectante, y se preguntó si sentía nostalgia de la dorada época en la que preciosas muchachas hacían cola con el fin de que les firmara un libro mientras dejaban sobre la mesa un número de teléfono. Por último se preguntó si le apetecía regresar a aquel tipo de vida o prefería continuar sentado a la puerta de una vieja taberna dominicana aguardando a que el cuarto «atún» frío comenzara a hacer su efecto y el denostado mundo se fuera convirtiendo poco a poco en una especie de densa nebulosa.

«Cuando no tengas nada que decir, no digas nada.» Eran tantos los años que se había visto obligado a guardar silencio que demasiado a menudo se avergonzaba de una «impotencia mental» tan solo comparable a la desesperación que pudiera experimentar un hombre que no fuera capaz de tener una erección en el momento en que se acostaba con la mujer que amaba.

Y él aún amaba escribir, de eso no le cabía la menor duda.

En cierta ocasión un periodista le preguntó si nunca se le presentaban problemas a la hora de enfrentarse a una hoja en blanco, y recordaba muy bien que le respondió entre risas que más problemas le proporcionaba enfrentarse a una hoja de papel negro.

Ahora era distinto; ahora le aterrizaraban unos folios que tan solo era capaz de rellenar de frases manidas y lugares comunes.

Cuando su editora aventuró que el problema estribaba en que se había obsesionado con el pasado y lo que tenía que hacer era mirar de frente al futuro, no pudo por menos que responderle:

—Intentar mirar de frente al futuro es una estupidez, querida, puesto que el futuro nunca da la cara.

No obstante, hacía ya tiempo que había llegado a la conclusión de que apoltronado en aquella desvencijada butaca de mimbre comida por el sol había logrado descubrir que su futuro presentaba el rostro de un alcohólico que acabaría sus días ahogado por unos vómitos que apestarían a absenta y ron baratos.

—Tan solo son unas fotos... —repitió como si aquella fuera la única tabla de salvación que tenía a su alcance—. Y sospecho que por el mero hecho de recibirlas y no entregárselas de inmediato a las autoridades se convierte usted en cómplice de esos atentados y esas muertes. ¿Realmente pretende que cuente esa historia arriesgándose a pasar años entre rejas?

—Si la explosión que provocó Gordon fue la culpable de tan espantosa catástrofe, estoy dispuesta a arriesgarme —fue la respuesta de una mujer a la que se advertía segura de sus convicciones—. Pero sospecho que Gordon no fue más que un pobre iluso cargado de buenas intenciones y del que otros se aprovecharon.

—Le recuerdo que al fin y al cabo yo no soy más que un simple escritor retirado, no un detective.

La mujer, que también había apurado su copa, hizo un gesto al camarero, que la observaba desde el interior de la taberna, indicándole que sirviera otra ronda al tiempo que replicaba:

—Si cuenta una historia que obligue a pensar que alguien está obteniendo portentosos beneficios de la mayor catástrofe medioambiental que haya existido, probablemente quienes disponen de los medios necesarios para investigar a fondo se decidan a hacerlo.

—Me gustaría poder compartir su optimismo.

—No es optimismo; es desesperación. Cuando se ha sido una desgraciada durante más de cuarenta años y vislumbros que las cosas cambiarán y se te va a conceder la felicidad que ansiabas pero de improviso tus sueños se truncan de una forma cruel y dolorosa, no te resignas a la idea de que todo va a ser aún peor, puesto que además ahora cargas con un excesivo peso sobre la conciencia.

—La experiencia me ha enseñado que de ese tipo de cargas sobre la conciencia tan solo se libran quienes nunca tuvieron conciencia —sentenció seguro de sí mismo el colombiano—. Recuerdos y remordimientos son lo único que el ser humano se lleva a la tumba.

—¿Acaso contar la verdad no ayuda? —se sorprendió ella.

—Contar la verdad nunca ha ayudado a nadie, querida; eso también lo sé por experiencia. Mi primera mujer me abandonó alegando que le había ocultado una aventura extramatrimonial... —Asdrúbal Valladares apuró la nueva copa que el camarero había colocado ante él, volvió a estremecerse de pies a cabeza y sonrió moviendo esta última como si le costara aceptar que lo que decía era verdad—. Y la segunda porque no se lo oculté.

2

Se despertó en la playa, junto a un charco de vómitos que hedían a ron; aún faltaba media hora para que la primera claridad del día hiciera su aparición en el horizonte, orinó aún de rodillas e hizo un supremo esfuerzo tambaleándose, cayendo y volviéndose a levantar con el fin de alcanzar a duras penas el porche, donde se derrumbó derrotado por la evidencia de que, como de costumbre, no acertaba a introducir la llave en la cerradura.

Tres somnolientos pescadores cruzaron a su lado sin prestarle mayor atención que a una piedra del camino, como si el desharrapado borrachín formara ya parte del paisaje, un chicuelo se divirtió derramándole agua en la cara, y cuando ya a pleno día la oronda Braulia hizo su aparición, se limitó a apartarle las piernas, abrir la puerta y pasar sobre el caído sus cien kilos de grasa con el fin de iniciar cuanto antes la tarea de adecentar la casa y preparar el almuerzo.

Arrastrar al durmiente hasta su cuarto y subirlo a la cama no formaba parte de sus obligaciones; ya que la última vez que lo intentó acabó desriñonada, y si al muy cerdo se le ocurría vomitar, más valía que lo hiciera en un porche que se baldeaba fácilmente.

Se encontraba troceando pescado cuando le llegó muy clara la esperada llamada de auxilio.

—¡Braulia! ¡Échame una mano, Braulia!

—¡Que le zurzan!

—Este maldito sol pega de frente y me está secando el cerebro.

—Usted tiene el cerebro más seco que la pinga de Rufino, o sea, que no me venga con esas —replicó despectivamente la gorda—. Lo que tiene que hacer es reventar de una vez y dejarme la casa libre; la gringa de los perros me pagaría el doble.

—La gringa es una maldita bruja y sus perros te lo cagarían todo —masculló el hombre—. ¡Por favor!

—¡Jódase! —fue la a todas luces desconsiderada respuesta—. ¿No le gusta tanto la «sangre de atún»? ¡Pues que le aproveche la «sangre de atún»!

Ni siquiera se volvió cuando advirtió que cruzaba a sus espaldas casi agarrándose a las paredes y tampoco se inmutó al escuchar como cerraba de un sonoro portazo el dormitorio, limitándose a mover de un lado a otro la cabeza como si se negara a aceptar que su antaño educado y encantador «señorito» se hubiera degradado hasta el punto de quedarse dormido en el porche dos o tres veces por semana.

—¡Maldito guarro! —masculló—. Si para eso sirve ir a la universidad y viajar tanto, me alegra que el Rufino sea una acémila. ¡Menuda mañanita me espera!

Y es que en días de «resaca» el normalmente educado Asdrúbal Valladares se volvía insoportable, puesto que parecía llegar a la amarga conclusión de que la playa era mucho más acogedora que su casa y su tibia arena, más cálida, más mullida y sobre todo menos voluble que su vetusta cama.

A la orilla del mar no existían sudorosas Braulias que le riñesen, mohosos muelles que rechinasen ni retorcidos cabezales que retumbasen contra las paredes debido a que en ocasiones aquel desvencijado armatoste de colchón relleno de hojas de maíz parecía dotado de vida propia, oscilando a su antojo en cuanto se lanzaba sobre él.

A su modo de ver era la única cama de este mundo que iba a contracorriente: en lugar de invitar a dormir, espantaba el sueño.

Cuando abría los ojos en la playa, las nubes cruzaban sobre su cabeza y en ocasiones le empapaban; cuando los abría en su dormitorio, tan solo distinguía el mismo mugriento techo de siempre.

Se veía obligado a admitir, no obstante, que a aquel impávido techo nunca se le había ocurrido cagarle encima, y a más de una gaviota sí.

Permitió que transcurriera el tiempo tumbado sobre la nostalgia porque a menudo abrigaba la extraña sensación de que cada una de las hojas de maíz que rellenaban el mugriento colchón era un recuerdo, hasta el punto de que la unión de todos ellos conformaba una crujiente montaña de la que ascendían vapores de los maravillosos momentos que había vivido a lo largo de sus excesivamente agitados sesenta y pocos años.

Recordaba haber escrito que la añoranza es el sentimiento que por más tiempo perdura en el corazón de los seres humanos, debido a que resulta más sencillo dejar de amar a quien se ama que dejar de añorar a quien se ha amado.

La nostalgia solía ser el peor enemigo de quienes pasaban por momentos difíciles, al igual que la imaginación solía ser el peor enemigo de quienes se encontraban en peligro; en el primero de los casos porque la mente se retrotraía a una época que se recordaba mejor de lo que en realidad había sido, y en el segundo debido a que el miedo obligaba a imaginar que los sufrimientos que estaban por venir serían peores de lo que en verdad llegaban a ser.

Evocando sus propias palabras aquella bochornosa mañana de hipo, sudores y pestilencias no podía por menos que preguntarse si su vida pasada había sido tan plena y satisfactoria como creía.

Muchos hombres intentaban hacer cosas importantes con la idea de escribir un libro, mientras que él había escrito una treintena de libros con la intención de hacer algo importante algún día.